

HISTORIA DE LA TAUROMAQUIA

Gran parte de este texto ha sido extraído de la página web de Anima Naturalis.

No hay acuerdo por unanimidad sobre los orígenes de la tauromaquia. Lo cierto es que, tanto como su génesis, como su llegada hasta nuestros días, se deben a un cúmulo de circunstancias diversas.

Desde la prehistoria paleolítica, el ser humano ha cazado toros. De este hecho, conservamos variedad de pinturas rupestres. El toro salvaje, el *Bos taurus primigenius*, fue domesticado en el período Neolítico; era utilizado como animal de tiro para el arado en las actividades agrícolas y, en menor medida, como recurso cárnico. Desde nuestras raíces prehistóricas, este animal ha sido dotado de una compleja simbología; en diferentes civilizaciones y culturas, ha simbolizado la fuerza, la virilidad, la capacidad para engendrar, la fertilidad, la deidad protectora de la agricultura, etc.

En los últimos y decadentes años del Imperio Romano, tenemos documentadas las primeras noticias sobre la participación de toros en espectáculos, cuya finalidad era ofrecer violencia gratuita. Estas prácticas eran llamadas **venerationes**, luchas en que los animales luchaban entre ellos, los luchaban contra otros animales, o eran directamente lanzados a las fieras como castigo deshonoroso y sus muertes se convertían en una diversión para el pueblo. Estos espectáculos duraban horas y se ofrecían en diversas modalidades.

Julio César fue quien introdujo los toros de Hispania en las *venerationes* que se organizaban en el Coliseo de Roma. Un conocido matador de toros fue un tal Karpóforo. Ovidio describe que usaba una tela roja para llamar la atención del animal para que embistiera y luego lo mataba armado con una espada y un escudo. La mayoría de estos luchadores, llamados **bestiarii**, eran condenados, prisioneros de guerra, desertores del ejército, esclavos condenados o voluntarios de clase humilde, los cuales se sentían atraídos por la posibilidad de dejar su condición de miserables, ya que los combatientes que conseguían salir vivos de las fieras eran aclamados por el pueblo y gozaban de gran popularidad.

Organizar estos espectáculos conllevaba grandes costes económicos, en los que participaba muchísima gente. Desde los cazadores que organizaban expediciones para capturar animales salvajes, hasta los encargados de hacer publicidad del evento. La finalidad política que perseguía toda esta faena era entretener al pueblo, y en

especial, a la gran masa de desocupados que había en el imperio decadente, que incluso llegaron a ser mantenidos por el propio Estado. De esta manera, se evitaban manifestaciones para reclamar derechos políticos, el reparto más justo de la propiedad y los disturbios en la ciudad. **Esta política se conoce como el pan y circo (*panem et circenses*).**

En los anfiteatros de la Hispania Romana, como los de Mérida, Tarragona, Itálica o Saelices, se organizaban **venationes** como las de Roma, según sus posibilidades y recursos.

En 206 a.C, bajo el dominio de Roma, llegó a la Península Ibérica, el culto a Mitra. Uno de los ritos ceremoniales para este Dios era el sacrificio de un toro con un puñal para bautizar a un fiel con su sangre.

Cuando Roma cayó, se formaron diversos reinos independientes. En Hispania se formó el Reino Godo. Este cayó bajo la conquista de los árabes, que empezó en 711. En 722, con la victoria cristiana en la Batalla de Covadonga, y en 732, con la victoria en la Batalla de Poitiers, empezó la Reconquista, y la formación de nuevos reinos cristianos.

Durante el período de formación de los reinos cristianos, el primer espectáculo taurino formalizado que conocemos tuvo lugar en León, en 815, aún bajo dominio árabe, aunque sus organizadores eran cristianos. El primer anuncio público de una corrida, del cual tenemos constancia, es el de la celebrada en Ávila, en motivo de la celebración de la boda del infante Sancho de Estrada en 1080. También hubo otras corridas puntuales con motivo de bodas de nobles y coronaciones.

La tradición de *correr a los toros* (esta es la forma que desde el siglo XIII encontramos en los documentos para referirse a estas matanzas) se ejecutaba para festejar bodas, coronaciones, bautizos, victorias en batallas, homenajes fúnebres, canonización de santos etc... Este entretenimiento solía ser practicado a caballo por la nobleza e imitado a pie por el pueblo llano. En sitios como en la Plaza Mayor de Valladolid y a partir de 1619 en la de Madrid o en el parque de Buen Retiro, se solían practicar torneos medievales donde caballeros se enfrentaban entre sí, y más tarde, se soltaban toros que eran atacados y muertos con lanzas o eran perseguidos por una cuadrilla de jinetes que les clavaban lanzas (*juegos de toros y cañas*).

Durante el siglo XVI evoluciona la tauromaquia hacia los encierros de varas. En esta época la nobleza comienza a utilizar a sus peones y escuderos para distraer al toro mientras cambiaban al caballo cansado o herido, o para rescatarlos de una caída. Con la aparición de los picadores en sustitución de las lanzas, para dar a los nobles a lomo de caballo, el privilegio de matar al toro, estos peones y auxiliares adquieren la responsabilidad de llevar al toro al picador. En muchas ocasiones, si el de a caballo no podía matar al toro, se delegaba la responsabilidad en los de a pie.

En la Edad Moderna (s. XV), empiezan aparecer las críticas más severas contra esta práctica, principalmente por la gran cantidad de muertes humanas que provocaban.

En 1567, el Papa Pio V emitió la bula *De Salutatis Gregis Domici*, en la cual prohibía los espectáculos taurinos, al ser calificados como «cosa del Demonio, ajena a lo cristiano, debido a la gran cantidad de muertos, heridos y lisiados que provocan». La Iglesia amenazaba con excomulgar a los que desobedecieran al Papa y en no enterrar en tierra sagrada a los que murieran en estas prácticas. Sin embargo, el Papa sucesor, Gregorio XIII, con la bula *Nuper Siquidem*, en 1575, consentía de nuevo correr a los toros, ya que según le había informado el rey Felipe II, correr a los toros era beneficioso para sus reinos. En realidad, esto era debido a las presiones que recibía por parte de la Corte.

El poeta Francisco de Quevedo en su epístola *Contra las costumbres presentes de los castellanos*, dirigida al Conde-Duque Olivares, se muestra crítico contra la crueldad infligida al animal y porqué estas matanzas descontroladas, tenían consecuencias nefastas para la agricultura.

En 1700, llegó a España la dinastía borbónica, con el rey Felipe V. En motivo de su llegada, se «festejó» corriendo a varios toros. Felipe V, procedente de una corte parisina mucho más avanzada y refinada que la castellana, consideró el espectáculo una fiesta bárbara, cruel y de mal gusto, que sólo daba mal ejemplo al pueblo. La nobleza castellana pudo acceder a unos nuevos usos y costumbres traídos por Felipe V, y de esta manera, los nobles abandonaron el toreo, considerado una costumbre castiza y medieval, y adoptó un comportamiento aburguesado y más refinado.

Entonces, la plebe continuó la fiesta a su manera, casi siempre sin caballos, ya que resultaba un animal demasiado costoso para esas gentes. A partir de este momento empezó a configurarse el toreo como hoy lo conocemos, en que el protagonista es un

hombre que torea a pie. Durante el reinado de Carlos III (1759-1788) se empiezan a construir las plazas de toros, cuyo antecedente arquitectónico es el anfiteatro romano. No todos los españoles veían con buenos ojos este desarrollo de la tauromaquia, sobre todo a partir de la construcción de las primeras plazas. El liberal José Picón en su obra *Pan y Toros* alude, directamente, al carácter embrutecedor que tenía el circo romano, ya que veía en esta actitud taurina una forma de alejar al pueblo de la cultura cívica y de las preocupaciones políticas y sociales.

El inventor de la corrida moderna fue **Joaquín Rodríguez Costillares** (1743-1800), empleado del matadero de Sevilla, como toda su familia. El primer tratado de tauromaquia fue escrito en 1796, por José Delgado Guerra, discípulo de Costillares.

Cuando llega el siglo XIX, en toda Europa han empezado a erradicarse las costumbres en que se maltratan animales para entretener. Sin embargo, en España empieza un nefasto siglo taurino. Ahora, el torero que ha hecho fama entre el pueblo, es recibido en las cortes del rey como un héroe. El rey Fernando VII, el último rey absolutista, cerró la Universidad y abrió las escuelas de tauromaquia, desde donde se promocionó la tauromaquia que hoy conocemos. Cabe decir, que la tortura pública de animales humanos (brujas, herejes, delincuentes, etc...) y no humanos era corriente en toda Europa hasta el siglo XVIII, suprimiéndose en el XIX. Por poner un ejemplo paralelo, en Inglaterra eran frecuentes los *bull-baitings*, peleas entre perros y toros, y la mutilación de toros por parte de las personas. Estas prácticas fueron prohibidas en 1824 y el mismo año se fundó *The Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals*.

En esta época, si el toro era manso, y no cumplía las expectativas del público, se le clavaban banderillas de fuego con pólvora, con lo cual se le causaba todavía más sufrimiento. Esta práctica se prohibió en el siglo XX, durante la dictadura de Primo de Rivera. Todavía, a principios del siglo XX, la bravura de las reses se medía con el número de caballos que el toro destripaba, los cuerpos de los cuales no se retiraban de la plaza, sino que allí permanecían, como parte del espectáculo. Caballos muertos y agonizando destripados, era el reclamo del público, que lanzaba al coso todo tipo de objetos y animales, práctica que se prohibió, para garantizar la seguridad del torero. A partir de los años 30, los caballos de los picadores empezaron a llevar peto, reduciéndose el número de muertes. Salvo pequeñas diferencias, las corridas de toros no han evolucionado de manera diferencial desde entonces.